

VIA PIETRO GIURIA

Y O, pensando en versos; chiquillos que corren detrás
de un hostigado perro—lo amenazan jugando—
y dan gritos, con algazara; la muchacha, grácil como una onda,
que lleva la cesta de naranjas sobre la fina cadera,
casi un ánfora de arte micénica
—y llega el rumor alegre del mercado—.
Todo esto, cerca de las denegridas casas destrozadas
y el arco roto donde se persiguen los pájaros.
Ruinas de la guerra, cuando bajaba el fuego
del cielo y cada ciudad, humilde en su trabajo,
era Gomorra o Sodoma para la ira ciega del Hado.
Horrores que volverán.
El hombre no sabe nunca superar sus horrores antiguos.
Volverán el fuego del cielo y los moribundos bajo las derrumbadas
piedras que debían proteger el sueño y el amor.
Pero nosotros pasamos cerca de estas ruinas de hace cuatro años
como si una sabiduría triunfante
hubiera sepultado la guerra para siempre.
La muchacha entona quedamente
una cancioncilla suya de no sé qué blanda playa azul.
Veo en ella la eterna canéfora
y adivino la música que la sangre sinuosa
hace en los misteriosos repliegues de las jóvenes venas.
Esto es el hombre, después de todo: un mosquito que brilla al sol,
gema por un instante, conmovido más por la negra
angustia del pasado que por las ásperas amenazas del futuro.
La belleza del momento está suspendida en el aire



como el vívido insecto y como éste juega
de la luz en la luz.

Para nosotros no existe la muerte,
mientras vamos a su encuentro.

Ligur canéfora de negros ojos grandes,

canta dulcemente tu cancioncilla de juventud y de mar.

Ciertamente lo ignoras, pero cantas la belleza del Instante.

También tú expresas una sabiduría eterna.

(Del libro *Formiche d'autunno*)

La poesía de Aldo Capasso es una de las más ricas, sólidas y sobrias de la Italia de hoy. Poesía profundamente humana, sómbria y desolada también, como corresponde a un poeta para quien el mundo es de la noche y que a los cuatro elementos empedóclicos añade las Tinieblas: la Nada. Centrada toda ella en la intensa pulsación del instante—lo único que verdaderamente es nuestro y en donde vibra la eternidad—, camina vigorosamente hacia el futuro en la obra ascendente del gran lírico.

Capasso fué uno de los ocho que firmaron la famosa *Lettera aperta* que lanzó en el panorama de las letras italianas el manifiesto antihermético del «realismo lírico», corriente que ya cuenta con numerosos poetas, tanto en Italia como en otros países, unidos todos bajo la consigna de la sencillez, la vuelta al corazón, el ansia de comunicación no sólo con los poetas, sino, muy especialmente, con los espíritus afines que carecen de expresión lírica, la continuidad del discurso, la repulsa de la metáfora rara y de la palabra exquisita y la actitud vigilante ante el argumento, frente a la indiferencia de los herméticos.

Aldo Capasso nació en Venecia en 1909. Es doctor en Letras. Ha publicado las siguientes obras poéticas: *Il passo del cigno* (1931, Premio Umberto Fracchia), *Il paese senza tempo* (1934), *Per non morire* (1947, Premio della Ginestra), *Poemetti in Prosa* (1950), *Formiche d'autunno* (1951, Premio Sandro Baganzani). Novela: *Dramma a Guayaquil* (1951, Premio Murano). Ensayos críticos: sobre *Marcel Proust* (Premio Lattes 1932), *Leopardi* (1937), *Il Tassino*, *Tre saggi sulla poesia italiana del Rinascimento*. Tres libros suyos aparecieron en francés (*A la nuit*, *Sept poèmes* y *Poèmes choisis*), en Túnez, París y Bruselas respectivamente. Se le han tributado cuatro *Omaggi*. Sobre sus obras escribieron Valéry Larbaud, Jean Cassou, Wahl, Grenier, Carême, Bernier, Casais Monteiro, Vandercammen, Brión, Farinelli, Allodoli, Galletti, etc. Su primer libro fué prologado por Giuseppe Ungaretti y el último, por el poeta y profesor, recientemente fallecido, Giuseppe Antonio Borgese.

(Traducción y nota de Dictionio
de Castillo-Elejabeitia)

